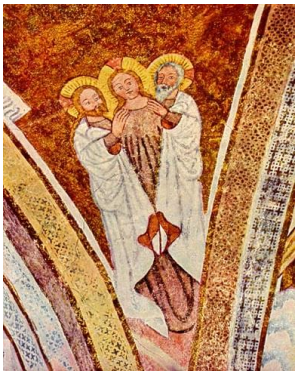
Guillermo Rosas SS.CC.

Santísima Trinidad

Domingo, 12 Junio - 2022

Queridas hermanas y hermanos:

Recuerdo que hace varios decenios atrás un sacerdote lamentaba que algunas Biblias modernas, en el famoso texto del primer capítulo del Evangelio según san Juan, traducían "y la *Palabra* era Dios" en lugar de "y el *Verbo* era Dios", como hacían las versiones tradicionales. Sospeché en aquellos años que lo que le molestaba era asociar a Dios con un ente femenino ("la palabra"), cuando siempre, en nuestra religión, Dios se asocia a lo masculino ("el verbo").



Bueno, menciono este recuerdo porque hoy le damos a Dios un nombre femenino: la Trinidad. Y tal vez, en una época en la que nuestra cultura rechaza cada vez más decididamente el machismo en todas las esferas, también en la Iglesia, sea bueno que le demos este nombre femenino, pese que las tres personas de la Trinidad, tomadas individualmente, tienen nombres masculinos: "el" Padre, "el" Hijo y "el" Espíritu Santo. Sólo si los tres se consideran como unidad, la llamamos con un nombre femenino: "la" Santísima Trinidad.

Sea como sea, hoy la mejor teología cristiana afirma que no se puede someter el misterio de Dios a nuestra visión binaria de masculino-femenino. Dios es tan madre como padre, y en toda la revelación tiene rasgos que pertenecen tanto a los hombres como a las mujeres. Es sano y bueno desmontar en todos nosotros la imagen del anciano con larga barba blanca que suele atribuirse a Dios Padre. Sólo la imagen de Jesús de Nazaret es inequívocamente masculina. Al hacerse persona humana en su encarnación, Dios tuvo que optar por ser de un sexo u otro, y hoy parece claro que, en la sociedad judía, profundamente machista como era, las posibilidades de éxito en la misión eran nulas si se hubiese encarnado en una mujer.

Más allá de lo anecdótico, quiero aprovechar estas observaciones para compartir hoy algo que es propio de esta celebración de la Santísima Trinidad: el misterio en que está envuelto Dios, pese a su permanente esfuerzo de revelarse a los seres humanos, desde el inicio de la fe judeo-cristiana. Ese misterio de que un solo Dios pueda ser, al mismo tiempo, tres personas, desafía la razón de todo ser humano y ha llevado, a lo largo de la historia, a elaborar sesudos tratados sobre este rompecabezas divino.

¿ Quién no ha pensado, alguna vez, en esta paradoja de la razón, de que "uno son tres" y "tres son uno"?

Pero, y aquí está "la trampita". Sería inútil, e incluso dañino para nuestra fe, quedarse en ese nivel. "La Santísima Trinidad", dice el Papa Francisco, "no es el producto de razonamientos humanos; es el rostro con el que Dios mismo se ha revelado, no desde lo alto de una cátedra, sino caminando con la humanidad". Y tiene toda la razón. Dios es, ante todo y sobre todo, experiencia. Experiencia de seres humanos. Experiencia de un misterio que supera la razón, aunque nos esforcemos por desentrañarlo. ¡Y está bien que lo hagamos, porque Dios nos dio la capacidad de pensar, de comprender los misterios del universo! Gracias a esa maravillosa capacidad hemos dejado de creer que la tierra es plana, que el sol gira en torno a la tierra y tantas otras cosas.

Dios puede ser comprendido hasta donde dé nuestra capacidad humana. Pero siempre quedará más allá, en el misterio, su plena comprensión. Por eso dice san Pablo que sólo en la vida eterna podemos verlo cara a cara, o tal cual es.

Lo que nos toca, como cristianos, es experimentar a Dios en nuestra vida y en nuestra historia. Es por eso que la Iglesia, en este primer domingo después de Pentecostés, celebra la fiesta de la Trinidad. Celebra una experiencia de los primeros cristianos: que Dios se revela en la historia con tres rostros, el de Padre, el de Hijo y el de Espíritu Santo, sin dejar de ser un solo Dios. Esta idea permanece velada por el misterio para la razón, pero, sin embargo, y esto es lo verdaderamente importante al celebrar esta fiesta, está basada en una experiencia que recorre toda la historia de la salvación.

Jesús mismo nos ha enseñado esto. Él nos habló de Dios como Padre. Dios es Padre. Hoy nos gusta decir: es Padre y Madre. Ese Padre a quién él llamaba "Abbá", es decir "Papá". Más que el Creador omnipotente, Jesús revela a Dios como el papá misericordioso, es decir papá con un rasgo femenino, la misericordia y compasión, el amor incondicional, que permite luego a san Juan decir: Dios es Amor. Jesús se sabía amado y amaba a su Padre: los Evangelios relatan que a menudo pasaba largas horas en las noches conversando con Él, mientras todos dormían.

Jesús nos habló también de sí mismo como Hijo de Dios. Dios es Hijo. El Padre envió a su único Hijo al mundo. Nació de una mujer, María de Nazaret, como todos los seres humanos. Fue una persona humana como todos nosotros, pero a la vez, Dios. Otro misterio insondable, pero avalado por la experiencia de quienes lo conocieron, lo admiraron, lo siguieron y lo amaron. Hombres y mujeres de la Palestina del siglo I: Magdalena, Pedro, Santiago, Juan. Ellos dieron testimonio de su tremenda humanidad y del destello divino que había en sus palabras y acciones. Se dieron cuenta que era, también Él, Dios. Dios encarnado.

Y, finalmente, Jesús nos habló del Espíritu, como hemos escuchado en el Evangelio de hoy, el Espíritu de la Verdad; y no sólo habló, sino que lo regaló a sus discípulos, como relata Juan: "Sopló sobre ellos y dijo: Reciban el Espíritu Santo"; luego, en el día de Pentecostés, ese mismo Espíritu desencadenó en la frágil comunidad de los primeros discípulos y discípulas la iniciativa de anunciar el Evangelio por todo el mundo. En la tradición bíblica, el espíritu, "ruah", es decir aliento vital, viento de vida, en hebreo, tiene rasgos femeninos, asociados a la fecundidad y la plenitud vital.

Así, es el propio Jesús quien nos reveló el triple rostro del único Dios. Escribe el evangelista Mateo que cuando, "resucitado, envió a los discípulos a evangelizar a todos los pueblos les dijo que los bautizaran «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»" (Mt 28, 19, Papa Francisco).

No queremos que esta misa nos deje con el sabor de que celebramos algo abstracto y difícil de comprender, sino con la alegría de que el misterio de Dios, visible en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu, es una revelación de su amor sin fronteras y de su misericordia sin fin, y un llamado potente a salir de nuestras flojeras, temores, inseguridades y comodidades, para construir un mundo más parecido a su sueño.

Como dice la lectura de la carta de san Pablo a los romanos, nuestra esperanza "no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado". Que al acercarnos al altar experimentemos que el Señor nos alimenta cada domingo con su propio ser. Sin dejar de ser un misterio, Él es una experiencia real, concreta y extraordinaria en nuestra vida.

Así sea.

——

Guillermo Rosas ss.cc.